

## La vocación de San Mateo de Caravaggio

P. Álvaro Correa, L.C.

“Después de esto, salió y vio a un publicano llamado Leví, sentado en el despacho de impuestos, y le dijo: «Sígueme». Él, dejándolo todo, se levantó y le siguió” (Lc. 5, 27-28)

### El autor

Michelangelo Perisi nació en el pueblo de Caravaggio, Bergamo, -de aquí toma su nombre- el 28 de septiembre de 1573 y murió de una “fiebre maligna” en Porto Ercole, Paludi Pontine en 1610. Caravaggio inició a temprana edad su aprendizaje artístico en la escuela de Simone Peterzano. Con veintidós años se trasladó a Roma donde condujo una vida inquieta y difícil, hasta que el cardenal Del Monte, habiéndole comprado los *Jugadores de naipes* y la *Tocadora de laúd*, se interesó verdaderamente por él, lo acogió en su casa y le encomendó algunas obras. Introducido por el cardenal ante las altas personalidades de entonces se justifica la rápida expansión de su fama. Caravaggio, de carácter rebelde y violento, mató durante un duelo a un cierto Ranuccio Tommasoni. Huyó de Roma y se refugió en Nápoles y poco después en Malta donde fue bien acogido por los Caballeros de Malta. Sin embargo allí fue protagonista de una nueva pendencia y huyó esta vez a Siracusa donde permaneció dos años. Finalmente volvió a Nápoles donde fue acuchillado en el rostro. Mientras en Roma el cardenal Gonzaga y otros altos prelados se empeñaban en conseguirle el perdón de su reato, Caravaggio en viaje a Ostia desembarca en la playa de Porto Ercole, donde pierde el barco y el equipaje. Pretendiendo continuar su viaje a pie, es superado por el cansancio, las heridas y el hambre. Bajo una fuerte fiebre de malaria, murió trágicamente sin ninguna atención.

### Sus obras

Las primeras obras son el *Muchacho con cesta de flores*, la *Cesta de frutas*, el *Joven Baco enfermo* y el espléndido *Baco*. Durante su estancia en Roma pintó las tres escenas de la *Vida de San Mateo* para la capilla Contarelli en la Iglesia de San Luis de los Franceses. Sus obras progresivamente ganaron en dramatismo como *Amor vencedor*, la *Crucifixión de san Pedro*, la *Conversión de san Pablo*, la *Deposición de Cristo* y *La muerte de la Virgen*.

Durante su refugio en Nápoles pintó entre otras obras: *La Maddona del Rosario*, *Las siete obras de Misericordia*, *La flagelación de Cristo*. En Malta dejó el *Retrato del Gran Maestro Alof de Wignacourt*, *San Jerónimo* y *La degollación del Bautista*. Durante su estancia en Sicilia pintó obras muy bellas por su intenso dramatismo como: *El sepelio de santa Lucía*, *La resurrección de Lázaro* y *La adoración de los pastores*.

Caravaggio se coloca directamente frente a la realidad humana, dirigiéndose hacia personajes humildes. Sin retórica alguna expresa una honda comprensión espiritual de sus personajes. Crea un estilo nuevo, renunciando a la idealización convencional de los sujetos. Evita todo fondo pintoresco adoptando sistemáticamente el de tiniebla. Es un maestro peculiar en el uso de las luces y sombras. Su interés es el hombre; el paisaje desaparece.

### La Vocación de san Mateo de Caravaggio

Esta obra es bella por su absoluta naturalidad. El claroscuro enmarca la escena. Un potente haz de luz indica la dirección del brazo de Jesús hacia el publicano Leví, absorto en la cuenta de los impuestos. Todos los personajes quedan supeditados a la luz. Tal vez se tarda en comprender que se trata de una escena hagiográfica porque la agrupación de

las personas no la evocan llanamente.

### *Meditación*

Jesús entra en la vida de Mateo como un haz de luz que rasga a su paso un velo denso de tinieblas. Extiende su mano hacia este recaudador de impuestos y con la autoridad de su amor lo llama a seguirle. No hay espacio para una aclaración. No hay ocasión para una duda. El Señor Jesús lo ha querido y, por especial gracia divina, así lo ha entendido Mateo, quien *“dejándolo todo, se levantó y lo siguió”*.

Esta escena, recortada de las sombras por el pincel luminoso de Caravaggio, sugiere a nuestras vidas la consideración de la vocación peculiar del apóstol. Asombra ante todo el hecho de que Cristo, ayer como hoy, continúe llamando a su seguimiento a cualquier hombre o mujer, no importa su personalidad, no importa su pasado, no importa su profesión presente ni sus aspiraciones futuras. Basta sólo que Él lo elija y le susurre al alma ese dulce imperativo: *“Sígueme”*.

El hecho maravilloso es que la vocación supera los tiempos y los lugares, y toda esa armazón que el hombre moderno se ha ido creando para “asegurarse su vida”. La vocación se presenta como un querer divino que viene a reorientar todo el interior del hombre hacia ese tesoro por el cual bien vale la pena venderlo todo.

Caravaggio muestra a Mateo absorto aún por las monedas de los impuestos. Jesús apenas ha llegado y empieza a pronunciar el imperativo que dará un golpe de timón al rumbo de su existencia. Con el pincel de nuestra imaginación podemos seguir la secuencia e iniciar los trazos de un Mateo que, levantando su mirada y reteniendo en sus pupilas por primera vez la semblanza de Jesús, deja caer las monedas de sus manos y se levanta para seguirlo. Éste es un ejemplo magnífico que en nuestra oración pedimos poder imitar. A veces, ¡cuánta resolución nos falta para seguir al Señor! Y no referida exclusivamente a la vocación específica de consagración, sino incluso a las inspiraciones simples que el Señor sugiere en nuestros corazones. Ese “Sígueme” Jesús lo pronuncia sin cesar en nuestras vidas pidiéndonos una acción de servicio al prójimo, olvidar la ofensa recibida, purificar la intención, vencer la comodidad en el cumplimiento de los deberes propios, buscar a Dios olvidándonos de nosotros mismos y mil detalles más. En el fondo uno quisiera retener las monedas de los impuestos entre las manos, “por si acaso”, y seguir a Cristo. Pero el Señor no lo quiere así, porque es tan grande, es tan bello, es tan incomparable su seguimiento que la mínima preocupación mundana puede disturbar el alma. ¡Dichoso el publicano Leví que lo comprendió desde un inicio y pasó a ser el apóstol Mateo!

Viviendo en una sociedad sumergida en ruido y agitación, es importante buscar el silencio interior para escuchar al Señor. De rodillas hay que abrir las manos del alma y dejar caer las monedas de los apegos personales para estar preparados para escuchar la voz de Cristo, hermano y amigo. Él no se hace esperar, pues le urge amarnos y hacernos felices y le interesa mucho que colaboremos en su obra de salvación para toda la humanidad. Si la vocación significa un “llamado”, es pues imprescindible saber escucharlo. Cuando alguien dice que “no siente una vocación”, habría que ayudarlo a sintonizar su alma y a eliminar interferencias para que escuche a Jesús desde la fe y desde el amor. Es en la oración donde se repiten los llamados del Señor, donde descubrimos su divino querer para nuestras vidas, y ¿qué más podemos desear?

Jesús continúa llamando a su seguimiento. Quienes por gracia de Dios nacimos cristianos, sabemos que su voz nos repite como a Mateo, “Sígueme”. No tengamos miedo, ni dudemos en renacer cada día a su amor. La vida sólo es bella cuando brilla con la luz de Cristo y sólo tiene sentido cuando es Él quien nos orienta, cuando es Él la razón y el tesoro, la ilusión y el sostén.

La imagen del recaudador de impuestos y de Jesús que lo interpela recoge en síntesis nuestra pobre existencia. Qué bondadoso ha sido el Señor Jesús que nos llama a

acumular en su amor los tesoros que la polilla no consumirá, ni la herrumbre roerá. El cristiano -y máxime el sacerdote- que responde a su vocación de amor a Él lleva un cielo en su corazón. Y es que nuestras pobres monedas terrenas, que simbolizan toda aspiración meramente temporal, no pueden colmar nuestra sed de eternidad. Sólo Cristo es la plenitud. Así lo entendió Mateo y sobre la mesa de los impuestos dejó olvidadas las monedas y sus egoísmos. ¡Era ya un hombre libre para amar sin medida!